

# LA CORRESPONDENCIA DE CÁDIZ

EDICIÓN PROVINCIAL DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

PRECIOS

En la Capital á domicilio Pts. 1  
Provincias, trimestre 4'50Se publica en las últimas horas  
de la tarde todos los días

Fundador: Excmo. Sr. D. Manuel M. Santa Ana.-Propietario D. Gonzalo Cerón

## SOBRE EL TRABAJO

Desde que la humanidad fué condenada por la debilidad del primer hombre á vivir con el pan ganado con el sudor de su frente, luchan y se contraponen la tendencia á la ociosidad, que arrastra el hombre á la inacción, y el trabajo, exigencia impuesta como único medio de satisfacer sus necesidades.

Es por lo tanto muy cierto que el hombre es una criatura formada para trabajar y para trabajar útilmente si nadie le extraviase de su verdadero destino y hasta muchos que son ricos y poderosos buscan el bullicio y fatigoso desorden de los placeres para librarse de una ociosidad enojosa.

El hombre no es, naturalmente, perezoso, pero ha llegado á serlo, ó lo que es lo mismo, ha contraído aversión á toda ocupación que no sea verdaderamente útil.

Trabajamos por el deseo de mejorar nuestra condición y cuando falta el noble estímulo del progreso el trabajo se convierte en pesada carga; y tan noble obligación se cumple del peor modo posible y se trabaja lo menos posible.

El trabajo sin embargo es condición que va unida esencialmente á la naturaleza humana; es el grandioso elemento que vigoriza nuestro espíritu, engrandese nuestra inteligencia y fortifica la voluntad.

El trabajo depura y endulza el sentimiento, evita las pasiones, el vicio, el crimen y conserva la salud y prolonga la vida.

Es un deber digno de nuestra personalidad, porque mantiene la dignidad humana y proporciona medios de vivir con el producto de nuestra actividad, siendo la inagotable fuente de todo adelanto, todo progreso y toda prosperidad y riqueza.

## UNA INTERVIEW CON STOESEL

EL COMANDANTE DE PORT-ARTHUR RECIBE Á MARCELO SMET.—SENSACIONAL INTERVIEW.—DESPERACIÓN DE STOESEL AL SABER QUE NO LLEGABA LA ESCUADRA DEL BÁLTIICO.—UNA BOMBA EN UN CLUNCH.

Por juzgarla de sumo interés, reproducimos la sensacional visita de monsieur Marcelo Smet á Puerto Arturo.

En ella entra en escena el mismo general Stoessel, y se demuestra cómo el heroico soldado del czar temía que el fin

de la plaza había de ser la honrosísima capitulación.

«Se abre una puerta blanca, y el ayudante de campo se cuadra militarmente y nos indica con la mano que podemos pasar. Saludamos y presentamos nuestras cartas de recomendación á dos hombres que nos esperaban con las manos tendidas.

Uno de ellos, fuerte, un poco grueso, con los cabellos grises cortados al rape, la barba en punta, el rostro redondo y encarnado, vestido con blusa marrón sin galones, una blusa con cinturón como el que gastan los aldeanos rusos; su pantalón desaparecía en largas botas chinas, de fieltro y forma grosera.

Es el general Stoessel.

El segundo personaje es mas alto, tan fuerte como él. Tiene el pelo cortado al rape y la barba en punta. Parece mas joven y mas militar. Su chaqueta es blanca y su pantalón negro se pierde en botas de forma realmente rusa.

Es el coronel Reiss, del Estado Mayor. Con voz recia y ademanes muy distinguidos, pronuncia algunas palabras muy amables en nombre del general Stoessel, cuya amenidad y amabilidad, dice, no justifican en nada el calificativo que se le dá, el brusco general Stoessel.

—Ved—añadió el coronel Reiss—que nuestro jefe no tiene nada de brusco. Contadnos cómo habeis llegado hasta aquí.

—En qué lengua?

—En francés. El general lo entiende bien, aunque no sabe hablarlo. En último caso yo serviré de intérprete.

Comenzamos entonces el relato de nuestro viaje, que tuvo la virtud de encantar á nuestros auditores. El general Stoessel sonrió é hizo un gesto como para aplaudir, no pudiendo expresar de otro modo su pensamiento.

—Enhorabuena! —dijo el coronel Reiss. Vuestro viaje es digno de *reporters* tan atrevido como vosotros. Iremos á visitar vuestro pequeño buque.

—Oh, buque! —dijo Emerson, mi compañero de viaje;—no pasa de ser un modesto *flagship*.

—¿Y qué noticias traéis?—interrumpió el general Stoessel.

Era cuestión de conciencia. Era preciso decir toda la verdad.

—Liao-Yang ha sido tomado por los japoneses!

—Como!.. Qué?.. Liao-Yang!.. Kouropatkine en Liao-Yang?.. ¡No!.. Eso es imposible!.. Eso es incierto!.. ¡Si me ha anunciado que llegaría en nuestro socorro!.. ¡Si me ha asegurado que muy pronto estaría con mis bravos soldados!.. ¡Vuestros informes son inexactos, no pueden ser verdaderos!

—Desgraciadamente Kouropatkine ha estado en Liao-Yang y ha sido derrotado.

El general Stoessel, abatido, dejó caer sobre el pecho la cabeza y murmuró:

—Kouropatkine en Liao-Yang!.. ¡Y nosotros que le creíamos á unos kilómetros de aquí!.. ¡Dios mío!.. ¿Qué esperanza nos queda?

El general se paseaba por la sala anhelante y nervioso, con aire realmente horrible. Daba pena pensar en la angustia de aquel hombre.

—Pero cuántos hombres había en Liao-Yan? Menos que los japoneses?

—Creo que los mismos.

—¿Y han sido derrotados? ¿Pero qué se hace en Rusia?

Volvió á pasear por la estancia cada vez más descompuesto, y rápido como una flecha, como dominado por una obsesión, se paró en seco y me preguntó:

—¿Y la escuadra del Báltico?

—Viene.

—¿Dónde está?

—En Libau.

—¡En Libau!.. ¿En Libau!—exclamó el general.—¡Ah, en Libau! ¿Y qué hacemos?... Irremisiblemente nos espera Nagaski... ¡No! no podemos, resistimos siempre. ¡Ah! ¡Si yo tuviese municiones! Si no las hay para un ataque formal; si tenemos piezas y no tenemos balas para ellas; si la mitad de nuestros cañones están inservibles... ¡Esto es terrible! ¡Estar decidido á luchar y no tener ninguna esperanza de éxito!

Y el general repetía sin cesar, como si no se diese cuenta de lo que se decía: «En Libau! En Liao-Yan»

Hizo un gesto de desesperación: creí que iba á llorar. El héroe se había sentado ante su mesa de trabajo, con la cabeza entre las manos como para impedir que estallase; los ojos abiertos y fijos como en una visión. Esta escena era verdaderamente dramática. El silencio era absoluto. Miráramos á este hombre que acababa de recibir un golpe sin medida.

Rápido, como movido por un resorte, el general se levantó y poniendo los ojos en lo alto dijo con energía:

—¡Está bien!.. ¡Lucharemos por la gloria! También ese es un fin. ¡Nuestros esfuerzos serán mas grandes!

Hubo un nuevo momento de silencio y yo pensaba que se había engañado á este guerrero; se le había dicho que se defendiese y para darle alientos, se le había asegurado que la escuadra del Báltico llegaría pronto; que el general Kouropatkine venía y se acercaba á la plaza.

El general cambió algunas palabras con el coronel, y éste se levantó.

—Señores, nuestro general me ruega os diga que se consideraría dichoso si os sirviérais acompañarle á comer. Os suplica no olvidéis que somos sitiados y que la comida es de guerra.

Mientras llegaba la hora de la comida examinamos detenidamente la habitación en que nos encontráramos. Los muros blancos estaban cubiertos de fotografías y retratos; noté la ausencia del de Alexieff; se comprendió. Dos ventanas, algunas sillas y una alfombra en la que jugaban dos perros negros preciosísimos.

—Los he comprado en el Palacio imperial de Pekin—me dijo el general.

—Entonces habeis conocido al coronel Marchand?

—Sí; aquí tengo su retrato!

—Y el capitán Caverville—me preguntó—ha llegado á Chefú?

—Cómo! No lo sabéis?

—¿Qué?—

—Se ha perdido como el agregado alemán. —No es posible! Le queríamos mucho. Podrá usted ver su cuarto en el Club de la Marina; hay todavía allí sobres á su nombre y un uniforme suyo.

Se abrió la puerta y apareció en ella un soldado.

Con los talones pegados saludó militarmente y pronunció algunas palabras. Dió media vuelta militarmente y se situó al lado de la puerta del comedor.

Algunos minutos después estábamos en la mesa en agradable é ilustre compañía. A la derecha del general Stoessel y en este orden vuestro servidor, el ayudante de campo Kaliesnichoff, el general Balachoff, jefe de la Cruz Roja, y Mlle. Stoessel.

CUENTOS ESCOGIDOS

## LADY CLARE

Era el tiempo en que florecen los lirios y en que las nubes se agitan en lo más elevado de los aires.

Lord Ronald, al regresar de una cacería regaló á su prima lady Clare una cierva blanca como una azucena.

Enamorados y prometidos los dos primos debían unirse en matrimonio al día siguiente.

—¡Qué Dios bendiga ese hermoso día!

—Mi prometido no me ama ni por el origen de mi cuna, ni por los vastos dominios que poseo. Me ama por lo que soy, y esto es lo que más me satisface—pensaba lady Clare cuando partió de su lado lord Ronald.

En esto entró en su estancia la anciana Alicia, que había sido su nodriza, y la preguntó:

—¿Quién ha salido de aquí?

—Mi primo—contestó lady Clare. Mañana se celebra nuestra boda.

—¡Dios sea loado!—añadió Alicia.

Todo sale á medida de mi deseo, y puesto que tu felicidad está asegurada ha llegado el momento de que te haga una revelación.

Has de saber que tú no eres lady Clare y que lord Renald no es tu primo, y sí el legítimo heredero de todos los dominios que posees.

—¡Nodriza, nodriza! ¿Has perdido la razón? ¿Qué cosas son esas que estás diciendo?

—Te digo la verdad, como se la digo Dios que sabe todo lo que pasa en nuestro corazón. Eres hija mía. La hija del viejo conde, á quien has considerado como padre, murió en mis brazos; pero como tú y ella apenas habíais cumplido el primer mes, enterré á la niña á quien criaba, como si fuera su hija, y á tí, que eres la hija de mis entrañas, te puse en su lugar.

—Obraste indignamente. Si es verdad todo lo que cuentas, madre mia, cometiste una gran iniquidad privando, por tanto, de su legítima fortuna á lord Ronald, que es el hombre mas bueno de la tierra.

